

BEATA MARÍA CATALINA SIERVA DE MARÍA

**“Cristo cargó con nuestros sufrimientos
y asumió nuestras debilidades”**

“Sus heridas nos han curado”

Nuestro dolor, antes de ser nuestro, ha sido dolor que Cristo tomó sobre sí, para unirlo con su aceptación a fin de que se convirtiera para nosotros en motivo de encuentro con Él. Nuestro dolor, es así, un dolor compartido, un dolor sagrado que se nos invita a abrazarlo, orarlo y hacerlo instrumento de salvación, para completar en nuestra carne “lo que falta a los sufrimientos de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia”. (Col 1,24)

Pero, no es fácil mantenerse en pie ante el sufrimiento, por eso, desde esta visión, nuestra Beata María Catalina, se acercaba con sumo respeto al dolor de los hermanos, asumiendo gustosa el papel de Cirineo, para que el dolor no aplastara con su peso a los enfermos. Trataba con su presencia, de hacer palpable al enfermo, que Dios no lo había abandonado, convencida de que, el que está cerca de Dios se hace fuerte y es capaz de afrontar todas las dificultades. Así su presencia infundía fortaleza, seguridad, deseos de seguir luchando para continuar viviendo. Su presencia era como una luz que, en la noche más oscura, hacía presagiar la claridad de un nuevo día.

Recuerda un destacado testigo: “Conocí a Sor María Catalina en diciembre de 1890, en casa de mis padres, con ocasión de estar ellos enfermos y enfermos mis tres hermanos. Viene Sor María Catalina y encuentra la casa como es de suponer en tales circunstancias.

Tan delicada y suave, como activa y eficaz, no sólo atiende a los enfermos sino que se hace cargo de toda la casa y, en pocas horas, cambia el aspecto del hogar, siendo todos atendidos con diligencia y cariño por ella.

Nos hablaba a todos con ardoroso entusiasmo del cielo, alentando en todos la esperanza, levantando nuestro ánimo para afrontar aquella tribulación familiar que nos sobrepasaba.

Su caridad era excepcional. Con los enfermos se distinguía por su dulzura y solicitud y, con la misma prontitud nos organizaba a los que estábamos sanos.

Atendiendo a mis hermanos era incansable, exponiéndose al contagio, sin escatimar ningún sacrificio. Aquella gripe era maligna, muy fuerte y muy contagiosa, pero ella no consentía que nadie entrara a cuidar a los enfermos o que la relevaran en este trabajo, permaneciendo firme junto a ellos, hasta su mejoría”.

La reprenderá el doctor Ubalde, quien admirando su generosa entrega, le sugiere más descanso, y quien comenta: “servía a los enfermos con una abnegación tal, que se acercaba sin ningún temor a los casos más contagiosos y cuando yo le advertía de que tuviera cuidado con estos enfermos, me respondía que Dios cuidaba de ella y que si estaba en sus manos, nada debía temer”.

Cuando por sus limitaciones tiene que cesar en el servicio de enfermera, se le encomienda la delicada tarea de la postulación. Ella tan silenciosa y dada a la oración, tiene que vivir inmersa en el ruido y el ajetreo de las calles de Madrid, pero, nada interrumpirá su trato con ese Dios que llena su corazón y al que descubrirá en el rostro de cada persona que se

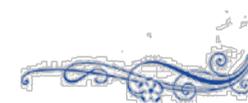
cruza en su camino. Madrid será para ella, como un gran templo y sus calles y sus avenidas, caminos de oración.

Evangeliza el dolor y se deja evangelizar por él. Cada etapa de su vida, será un configurarse con Cristo y un avanzar con Él, hacia la Pascua definitiva. Así afronta su enfermedad que, en un principio, se diagnostica como una sinovitis en las rodillas, pero que enmascaraba el mal que terminó con su existencia.

Repara Sor Aurelia Alfaro en la dificultad que tiene Sor María Catalina para caminar y se ofrece para lavarle los pies, lo que sorprende a nuestra buena hermana, que ante la repetida insistencia tiene que ceder. Dice la testigo: “mi admiración iba en aumento, las rodillas presentaban una gran callosidad. En una de ellas la piel estaba como arrancada y la otra presentaba una brecha en carne viva. Los pies aparecían destrozados; los dedos cubiertos de llagas.”

Juntas acuden al doctor Simonena. El diagnóstico es claro y preciso “tuberculosis ósea”. Asume, Sor María Catalina serena el diagnóstico y, mientras su cuerpo se desmorona, su ánimo recio se dispone a recorrer la recta final de su vida, identificándose con Cristo Crucificado y, fijos los ojos en Él, consume su tiempo arrancando raudales de misericordia para un mundo agitado en guerras y odios.

No era de extrañar esta serena aceptación. Tantas veces había acompañado a los enfermos, en ese enfrentarse con la muerte, la había esperado vigilante, había sentido sus pasos silenciosos e irreversibles, la había ungido de oración y así, cuando le llegó el momento, hizo de su muerte una liturgia, por la que se unía para siempre a Cristo, nuestra Pascua eterna.



ORACIÓN

Para obtener del Señor gracias por la intercesión de la Beata María Catalina.

Señor Jesús, médico de las almas y de los cuerpos que llamaste a Sor María Catalina a consagrarse a ti como Sierva de María para que, entregada al servicio de los enfermos fuera para ellos presencia de tu amor que fortalece y sana.

Concédenos esa unión contigo que llenó y movió toda su vida y, alcánzanos por su intercesión la gracia que hoy te pedimos para tu mayor gloria.

3 Gloria al Padre.

(Con licencia eclesiástica)

Nota:

Para envío de relaciones de gracias, de ofertas, etc., dirigirse a un convento de las Religiosas Siervas de María Ministras de los Enfermos o a la siguiente dirección:

Curia General
Serve di Maria
Via Antonio Musa, 16
00161 Roma –Italia.



GRACIA OBTENIDA

Nombrar en estos días a Perú, nos lleva a alzar los ojos y el corazón al Cristo de los Milagros, para que proteja a esa bendita tierra y a sus gentes, flajeladas por los aluviones que recientemente han sufrido. Oración a la que se une, la gratitud al Señor por la eficaz intercesión de nuestra Beata María Catalina en favor de un joven peruano. Dos de nuestras Hermanas: Sor A.D. y Sor L.D. nos refieren como:

El 9 de octubre, aprovechando las horas libres del trabajo, su sobrino fue con otros compañeros a jugar al fútbol. En un momento dado, el balón fue a parar al tejado de una casa; el joven se ofreció para recogerlo, y, no sabe como, pero lo cierto es que cayó de cabeza al piso de cemento, desde una altura de diez metros, quedando inconsciente y con mucho sangrado.

Los compañeros, lo llevaron urgentemente al hospital donde le diagnosticaron “Traumatismo craneoencefálico grave, hundimiento de cráneo, fractura de la base de cráneo”. Tras una delicada y larga intervención quirúrgica, el neurocirujano advierte a la familia de la gravedad del caso, afirmando que solo un milagro podría salvarlo. Fue necesaria una segunda cirugía para corregir una comprensión cerebral grave y más tarde otra para examinar y tratar una fístula infectada que se había producido.

Nuestras Hermanas, así como toda la familia del joven, y varias Comunidades de la Provincia de Argentina, encomendaron este delicado caso a nuestra Beata María Catalina y, no tardaron en sentir su eficaz intercesión, ya que, el 13 de diciembre, el joven regresó a su casa, feliz y agradecido, convencido, de la decisiva ayuda de la Beata María Catalina.



**BEATA
MARÍA CATALINA
IRIGOYEN ECHEGARAY**
Sierva de María



**UNA VIDA EN CRISTO,
CON CRISTO Y PARA CRISTO
SIEMPRE**

Hoja Informativa, n° 5

